

Agua y cauce, MIGUEL OTERO SILVA.—México, Editorial México Nuevo, 1937.

188 pp.

Manos amigas han reunido en volumen intitulado *Agua y cauce* un puñado de versos del poeta venezolano Miguel Otero Silva. Fechado en México y en los días que corren, *Agua y cauce* no hubiera podido llegar hasta el público sino desde uno de los pocos países de Iberoamérica donde son libres todavía el pensamiento y el canto.

En el mismo momento en que un grupo compacto de venezolanos refugiados en México publican el libro del poeta prisionero, una noticia dolorosa nos viene además de la Argentina: el poeta José Portogallo ha sido condenado en Buenos Aires a un año de prisión por haberse expresado en su poema "Tumulto" de manera poco grata a la gazmoñería pudibunda del ambiente...

Malos tiempos, por lo visto, para la poesía independiente y el pensamiento varonil. Malos tiempos, sin duda, en los cuales sólo voces aisladas nos llegan para decirnos cuán intenso es el drama que se vive en ciertos climas y cuán trágica y sangrienta es la realidad que se expresa en la voz desgarrada de los poetas novísimos.

Un verso nuevo es un clima nuevo: es lo que la poesía de Iberoamérica está creando. Siguiendo los pasos de Europa, en humilde imitación de extranjerías, vivió durante mucho tiempo. A las corrientes europeas que buscaban, en el ensueño y la esperanza de un más allá, un consuelo y un refugio, hicieron eco entre nosotros voces similares, voces con parecidas angustias... Pero un buen día la realidad americana, hosca y violenta, cerró el camino a los poetas hasta entonces ajenos a su ambiente, los sacó del aislamiento en que se hallaban, los lanzó entre el tumulto del drama cotidiano, los sumergió hasta el cuello en la vida de sus pueblos, les volteó de un manotazo el turbante de nubes. "El hecho llega a la razón como un golpe en el ojo", decía Feuerbach. Y así también llegó la nueva poesía, arrancando de su sueño a los poetas.

Habiéndose sentido orgullosos los poetas de ayer de su aislamiento y su dón de iniciados, empezaban a ser ahora combatientes para quienes es de interés todo lo que pertenece a las masas. Habían vivido, desdeñosos y soberbios, de espaldas a su tierra y a su pueblo, sin escuchar sus reclamos, sin la elemental curiosidad por conocerlos. Aún más: con la creencia aristocrática de que al arte es tan frágil y sutil que no podría resistir jamás la luz violenta y el soplo fuerte de las plazas públicas.

El contraste era, en verdad, demasiado violento para los que ayer no

más seguían viviendo bajo la lámpara tamizada de los cenáculos y las tertulias. Algunos, los menos, no resistieron el cambio. Tan pronto el viento les azotó la cara, dieron un paso atrás, intimidados. Pero los otros, los mejores, los que habían andado a tientas con su propia congoja; los que buscaban, honrados, el cauce generoso en donde derramarla, esos sintieron de pronto que habían vivido hasta entonces descentrados y sin juicio, porque infinitas ataduras de la vieja educación no les dejaban atender las exigencias de las voces nuevas. Con el bronco rumor de los ríos de ancho lecho, las masas sufridas pasaban ahí, al lado suyo, menos resignadas y encogidas que las de antes, más seguras y fieras a pesar del dolor y la miseria.

Vamos hacia el futuro con las manos tendidas.
Caravana sombreada de verdes selvas nuestras.
El dolor de mil pájaros sacude en los caminos
la música dormida en las ramas de América.

¿Cómo permanecer insensibles, en la distante y fría soledad de antaño, cuando el clarín de mil pájaros "sacude en los caminos la música dormida en las ramas de América"?

A igual de los mejores poetas de la América nueva, Otero Silva ha sentido la urgencia del llamado, la humanidad entrañable que palpita en "la hermosa llama vertical de los gritos". Y sin dejar de ser poeta, se ha lanzado a pelear, a construir, a sufrir por su pueblo. Bajo la tiranía de Juan Vicente Gómez vivió su juventud. Amargos años de humillación desesperada que lo llevaron a combatir, desde las mismas aulas, en el brioso movimiento estudiantil de 1928. Desterrado, en España, por el tirano Gómez, se incorpora a todos los movimientos que desde el exterior se propusieron inútilmente derrocarlo. De regreso a Venezuela, al día siguiente de la muerte de Gómez, ocupa de inmediato un puesto de vanguardia en el único partido de izquierda que nació por fusión de todos los partidos populares. Por desgracia, las ilusiones democráticas no duraron mucho tiempo. Después del brevísimo respiro que siguió a la muerte del tirano, surgió otra vez la represión. La orden de expulsión viene de nuevo para Otero Silva y para cuarenta y seis compañeros de su causa. Con riesgo de la vida, no acata la orden y se esconde. Nadie sabe dónde estaba, pero su acción se sentía en todas partes, obstinada y eficaz. Durante algunos meses consiguió despistar a media policía lanzada tras sus huellas. Pero un mal día, el 21 de octubre de 1938, Otero Silva tropieza y cae. Y los campos de concentración se preparan para cerrarse en torno de la más ilustre de sus víctimas.

Agua y cauce, publicado en México pocos días antes de la prisión de

Otero Silva, contiene versos escritos en épocas distintas. Desde "los únicos supervivientes del naufragio" de un primer volumen de poemas, hasta los más recientes, compuestos bajo la amenaza de su inminente prisión. Verso y conducta forman en Otero Silva una armonía impresionante, y como para él la poesía es una forma de la acción, no es posible separar en él al combatiente del artista. La tragedia de su prisión reciente y de su internación posterior prestan por eso a la lectura de *Agua y cauce* una emoción indecible que aviva el goce estético. Es un testigo y un actor atormentado este poeta que canta la tremenda desdicha de su pueblo. Es un hombre cuya vida está a punto de extinguirse, este combatiente ejemplar que ha "sembrado sus cantos con tallos de banderas". No es una nueva variedad de la retórica —que la hay también, mucho más de lo que se dice, en algunos libros repugnantes de sucia demagogia— lo que en *Agua y cauce* palpita y sufre, se entusiasma y se crispa. Es el dolor y la ofensa del taladro extranjero que va rompiendo tierra y piedra, "la tierra venezolana, la piedra venezolana"; son las manos encallecidas del viejo Martín, "olorosas a frutos maduros, a campiña en sazón"; es el marinero José del Carmen, alma y corazón de una goleta que no es suya; es la vida sin rumbo del llanero cansado; es la muda desdicha de los soldados hambrientos y de los niños terrosos en las chozas inmundas, es el negro sudor de los mineros, y el chirriar de las llaves en la prisión, y el "grito seco del remache", y la "queja larga de los grillos" y cadenas...

Pero *Agua y cauce* no es tan sólo el grito humano de un corazón estremecido ante tanto horror, ante tanta infamia. Es, además —y eso lo alza hasta el nivel de la responsabilidad de la hora en que vivimos— la segura confianza de que ese horror no será eterno, de que esa infamia no pasará sin castigo. Otero Silva sabe que la "caravana sombreada de verdes selvas nuestras" ha de arrasar mañana "los diques, los escollos, las cadenas". Y porque lo sabe, nos dice que hay hasta en el más oscuro calabozo de la Rotunda —la horrible Rotunda, la asquerosa Rotunda— un hombre que anuncia lo que ha de venir.

Entre las voces nuevas de la América nueva, Miguel Otero Silva ha traído con el dolor de su pueblo esclavizado, la voluntad y el heroísmo de las grandes masas. Para la poesía americana ya está despuntando la madrugada de una fecha ilustre. Y alto merecimiento será para el artista venezolano, actualmente prisionero, haber escuchado, en el "Corrido del negro Lorenzo", "negro del Tuy, negro negro, noche con alma", aquel redo-

ble de parches de combate que dió un ritmo de fiebre al verso varonil de Mayakovski: "A la calle, tambores y poetas".

ANÍBAL PONCE.

Haya de la Torre, El indoamericano, F. COSSÍO DEL POMAR.—México, Editorial América, 1939. 289 pp.

Víctor Raúl Haya de la Torre es uno de los raros ejemplos de admirable austeridad moral que aparecen pocas veces en el panorama político-social de Iberoamérica, en contraste con la venalidad y la falta de visión de los líderes que asumen la responsabilidad directiva de nuestros pueblos. Vida intachable y de probada disciplina espiritual, su capacidad analítica, su sagacidad y preparación intelectual, su conocimiento de la realidad indoamericana, lo señalan como al conductor irremplazable de su pueblo.

Hace años que en el Perú se gesta un movimiento político de enorme trascendencia social para Iberoamérica: el A.P.R.A., creado y simbolizado por Haya de la Torre, cuya vida de renunciaciones, de estudio, de lucha, de persecuciones, es una dedicatoria de fe y de idealismo y una ratificación de las capacidades renovadoras de Iberoamérica.

El pintor peruano Cossío del Pomar, en estilo sobrio y penetrante, hace la apología del fundador del A.P.R.A. y de su doctrina en esta obra que es un documento político a la vez que un relato inspirador de los momentos culminantes en la vida del líder aprista.

Empieza el libro por hacer una reseña de la geografía dispar del Perú, dividida en tres regiones distintas: la costa árida, la sierra fértil y la montaña impenetrable. Sigue una descripción de la división de castas y de la vida colonial del Perú. Aparece Trujillo, la ciudad costeña, de rancio abuelengo, donde nació Haya de la Torre; el ambiente conservador y reaccionario junto con visiones significativas en la infancia del rebelde. Se suceden escenas de la universidad provinciana donde surgió el grupo literario "Colónida", retórico y precursor. Luégo Lima, la vieja Universidad de San Marcos, la Federación de Estudiantes y el nuevo espíritu inspirado en Manuel González Prada, interpretado por José Carlos Mariátegui y organizado por Haya de la Torre; vida intensa y dramática del héroe, establecimiento de las Universidades Populares, huelgas, manifestaciones públicas. El dictador Augusto B. Leguía y la imposición clerical. La prueba

decisiva del soborno. Su primera prisión, la huelga de hambre, el destierro. La acogida en México y sus largos años en Europa viajando, capacitándose, organizando. La fundación del A.P.R.A. en París, su desarrollo, su programa. Vuelta a la América. Insidia y oposición a Haya de la Torre. Su retorno a Alemania. Breves años de paz. Retorno al Perú. Sánchez Cerro, el ignorante y empecinado. Sorprendente crecimiento del aprismo. El fraude de la elección. Otra vez la prisión, larga, cruel, purificadora. Muerte de Sánchez Cerro y libertad del líder. El civilismo y su sorda intriga. Benavides. Nuevas persecuciones.

Demasiado alejado de la vida íntima de Haya de la Torre para ser una biografía, este libro es más bien la historia interpretativa del aprismo. El autor hace una exposición y discute el programa aprista al través de la vida de su fundador, cuya personalidad es sólo comparable en simpatía e ingenio a la de Roosevelt y Mussolini, según John T. Whitaker, autor de *Americas to the South*.

La doctrina aprista, que rechaza del marxismo su fatalismo dogmático y sólo acepta su dialéctica económica, tiene un programa bien meditado y original de reformas revolucionarias basadas en la realidad de Iberoamérica, con consideración especial al mejoramiento del indio y al uso controlado del capital extranjero. Las cooperativas agrarias y un adecuado plan educacional componen lo más significativo en el programa de rehabilitación del indio.

El aprismo debe ser estudiado con detención por tratarse no solamente de una doctrina política con un plan práctico y de gran trascendencia reformadora, sino también porque ha logrado inspirar a las masas del Perú y no es de ningún modo improbable, ni lejano, el día en que dicho movimiento político se haga cargo del poder y lleve a cabo su plan de transformación social y económica.

Este libro de Cossío del Pomar sirve muy bien en su propósito de dar a conocer el aprismo desde sus orígenes hasta las perspectivas del futuro, pero a Haya de la Torre mismo no se le llega a conocer más que en lo ya dicho por Luis Alberto Sánchez o Carleton Beals. Aparece el hombre eje y símbolo visto e interpretado objetivamente; no la intimidad que quisiéramos conocer de él. Apenas sabemos de manera incidental que durante su permanencia en Berlín tuvo unos amores; pero esto no tiene relación oficial con la historia del aprismo.

Se lamentan algunas importantes erratas que por ser de fechas confunden de momento al lector. El culto pintor aprista demuestra que sabe manejar también la pluma en este libro de estilo llano, sin rebuscamientos

retóricos, valioso porque estudia con íntimo conocimiento uno de los movimientos políticos de reforma, genuinos y prometedores de Iberoamérica.

ANTONIO REBOLLEDO,

New Mexico Normal University.

Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo, JULIO JIMÉNEZ RUEDA.—José Porrúa e Hijos, México, 1939. 327 pp.

Un libro de conjunto sobre una figura como Juan Ruiz de Alarcón es un acontecimiento literario en el medio universitario, y así todos los condenados a la especialización agradecemos al señor Jiménez Rueda el habernos dado un estudio tan atrayente y tan equilibrado como la obra misma del dramaturgo mexicano. Narrar su vida es, desgraciadamente, harto fácil; por la falta de documentos. El señor Jiménez Rueda saca, desde luego, todo el partido posible de los documentos reunidos por Fernández-Guerra, Hartzenbusch (escrito con *m*, no se ve bien por qué), Miss Schons y otros; pero hace mucho más. Emprende una labor de reconstrucción histórica mediante capítulos sobre México, Salamanca, Sevilla, y la sociedad española de la época, y entreteje hábilmente, con esta descripción del ambiente, referencias y reacciones emocionales que se encuentran desparramadas por las comedias de Ruiz de Alarcón.

Dígame lo que se quiera, la vida de Lope de Vega encierra poco interés *emocional* para el lector moderno. Lope no se torturó lo suficiente sino hasta los últimos años de su vida; era demasiado normal —un extravertido, en terminología moderna—, y aunque batió todos los *records*, a él mismo le dejamos convertido en *record* y nos alzamos de hombros. Ruiz de Alarcón, en cambio, nos intriga; nos gusta, por muchas razones, penetrar un poco en los recovecos de su alma compleja e imaginárnoslo tal como debió ser: un introvertido en un ambiente hostil que se mofaba de sus jorobas, su barba bermeja (como la de Judas), su estatura de enano de circo, su condición de criollo advenedizo y su apego al “don”; un alma noble (idealista, diríamos hoy día) y estoica que no aceptó las amarguras de la vida. Del sufrimiento y de la dignidad de espíritu hace una especie de síntesis en un plano personalísimo. Es un protestante que, como dice el señor Jiménez Rueda, justifica la fealdad —raíz principal de todos sus sinsabores— con la belleza del espíritu. En palabras de Alfonso Reyes, “el arte es también desquite de la vida”.